

rece que va a cumplirse inminentemente en el poema 21: «Y la hierba, otra vez, como una orilla/cederá, poco a poco, a tu presencia». Con esta esperanza se cierra el texto.

Contrariamente a lo que pudiéramos prever, *Final de un adiós* no se abre con la aparición de la madre muerta o siquiera con el mismo deseo de que vuelva. Por el contrario, en *Final de un adiós* se plantea la necesidad del olvido y la renuncia a los recuerdos que han marcado de un modo tan intenso la trayectoria vital del sujeto poético. Precisamente el hecho de recordar, a las arterias y traiciones del tiempo que también ejerce su rigor sobre la piel de la memoria, dedica Goytisolo los poemas VII «Una voz, o un gesto» y VIII «En tiempos de inclemencia». En ambos plantea una cuestión bien simple aunque paradójica: los recuerdos no sólo se transforman al antojo de los años sino que, a medida que nos acercan a las situaciones que los motivaron, nos van alejando de ellas. A menudo sólo somos capaces de recordar *recuerdos* no hechos, por muy intensamente que los hayamos vivido:

*Los recuerdos de amor —no
los de espanto— se escapaban
por caminos cambiantes como azogue:
no poderlos fijar me parecía
más cruel que la explosión
que el bombardeo.*

*Y para no sufrir
tratando inútilmente de recuperarlos
preferí muchas veces
salir a media noche y escribir
con lápiz rojo en las paredes: muera
el tirano abajo los...*

*Así evitaba
seguirte hasta el inhóspito desmonte
y detenerme allí.*

*Aún hoy
pasados tantos años si no puedo
revivir una voz o un gesto tuyos
me imagino que sigo
pintando en rojo todas las paredes.*

(p. VII, *Final de un adiós*)

Jaime Gil de Biedma, otro de los componentes de la escuela de Barcelona a la que, sin duda, pertenece J. A. Goytisolo, escribió en un poema memorable, incluido en *Moralidades*:

*El recuerdo
será como un puñado de conchas recogidas
tan hermoso en sí mismo que no devuelve nunca
las palmeras felices y el mar trémulo.*

Al olvido dedica asimismo el poema XI «Remedio al peor mal» y el XX «Olor de

lluvia». En el primero se refiere a la búsqueda del olvido anticipándose al poema XXXIV con el que se cierra el libro y en el segundo a las consecuencias que conlleva el inevitable paso del tiempo:

*Confundido en el aire quieto
olvidé todas tus palabras
su débil huella. Lo que fue
se desbizo como una rosa.*

(p. XX, Final de un adiós)

La rosa, tan mustia y tan ajada, tras tanto manoseo poético, de Ausonio acá, comparece en los poemas de Goytisolo recuperando sus connotaciones de caducidad efímera.

Precisamente estos cuatro poemas aludidos tienen su colofón en los que cierran el libro y en los que se vuelve a plantear la doble cuestión del recuerdo y el olvido. En el poema XXXIII «Y claridad su reino» Goytisolo escribe de manera contundente:

*La evocación perdura
no la vida.*

De la memoria de los vivos —ya lo advirtió Jorge Manrique en sus *Coplas a la muerte de mi padre*— depende, en la tierra, la pervivencia de los muertos. Y Quevedo aseguró más adelante —aunque en cierto modo se le anticipase Garcilaso en su Egloga III— en un soneto magnífico que esa pervivencia irá más allá de la muerte puesto que su memoria triunfará de la muerte, traspasando indemne y victoriosa las aguas del río Leteo.

Pero si en este poema Goytisolo aboga, entroncando con la tradición clásica, por la pervivencia del recuerdo, en el siguiente, el XXXIV con el que finaliza el libro, parece contradecir su afirmación asegurando que sin el olvido la vida es insoportable, que la memoria es un obstáculo que hay que salvar a toda costa para poder vivir. Y los recuerdos que sirven para salvar a los que amamos de la muerte, tal vez constituyan un lastre demasiado difícil de arrastrar. Por esto Goytisolo desea en última instancia desprenderse de ellos y abandonar, marchándose

*... a una región
sin tiempo ni memoria
en la que todo esté por comenzar.*

Sin embargo, el poema no expresa más que un deseo cimentado en un consejo:

*Una voz que bien sé de dónde viene
me ordena que despierte
que me aleje del sueño
que abandone.*

*Digo que así será:
cortaré el agua de los maleficios
verteré azufre en tierra
y me iré a otro lugar.*

¿De quién es la voz? ¿De la conciencia, de la razón o tal vez de su propia madre? Si es de ésta, creemos que el final del libro es irónico: A donde vaya —no hay lugares sin tiempo ni memoria excepto el de la muerte— seguirá oyéndola obsesivamente. Tal vez por esto creemos que este último poema enlaza de modo muy directo con el primero en el que el sujeto poético asegura:

*Intenté despojarme de recuerdos
y el tuyo me envolvía.*

*Dije que no eras más que polvo
y el polvo se rió de mí.*

Aunque no se trate del polvo enamorado de Quevedo, se le asemeja en cuanto connota pervivencia. El polvo en el que se deshizo Julia Gay se burla del hijo dando así fe de vida. Fe de vida que éste traduce en unas pocas palabras de amor, tal como asegura en el poema II, a modo de dedicatoria («Por su fulgor perenne/contra la eternidad/le ofrezco unas palabras/de amor. Y nada más.»).

Posiblemente la literatura no tenga otra misión que fijar en el papel manuscrito o impreso, a través de las palabras, unas pocas vivencias para liberarlas así de las vicisitudes de nuestra memoria maltratada por la continua erosión del tiempo. En el caso de Goytisolo las palabras ofrecidas en *Final de un adiós* se relacionan con las que forjaron el *Retorno*, de modo que, para el poeta, ese primer libro tiene una doble ventaja: no sólo le sirve para consolidar el recuerdo que de su madre muerta tenía en su juventud sino que le da pie para volver sobre él sin temor a trastocarlo dado que, gracias a la literatura ha sido preservado de cualquier transmutación u olvido. Sin duda *Final de un adiós* está escrito tomando como punto de partida *El retorno* para redondear lo que quedó inacabado o insistir en aquellos aspectos que entonces no pudieron ser tratados, como ya hemos visto. Y ambos textos no sólo pretenden rendir homenaje a la madre desaparecida sino también ganarle terreno a la muerte rescatando para la pervivencia —es decir, para la literatura— lo que, de no mediar la palabra escrita, acabaría por sucumbir bajo el peso de los escombros de la memoria.

CARME RIERA

Aspectos del feminismo *

La aparición del libro de E.D.B. debe juzgarse, creo, desde diferentes puntos de vista: en tanto aportación a la literatura psicoanalítica; en tanto postura ideológica que asume determinadas demandas sociohistóricas y en tanto obra teórica de una mujer que habla sobre la mujer. Este tercer aspecto supone la apropiación, por partida doble, de un territorio que ha constituido un coto especialmente vedado a la competencia femenina tradicional: el de la teoría. Es de agradecer, en temas tan contaminados por los intereses inmediatos, que los términos del debate, sin perder firmeza polémica, se apoyen en criterios de imparcialidad —ni ingenuos, ni abstractos— en los cuales hallan fundamento los pro y los contra de su propia argumentación. Por otra parte, más allá de los patrones objetivos para examinar trabajos de esta índole, el libro satisface una exigencia que asumo en nombre de sus potenciales lectores: la de encargar una respuesta a la aparente y mutua impugnación entre compromiso personal, solidaridad genérica y ecuanimidad teórica.

Como contrapartida, mi comentario intenta también ubicarse en el cruce de ese triple condicionamiento que seguramente decretó, tiempo ha, la particular historia de mi histeria, o sea, de mi feminismo espontáneo: la condición de ser mujer, identificada con el género femenino y con vocación especulativa. Por llevar tales marcas, la lectura de este libro me ha provisto de nuevas ideas para esclarecer una vieja contienda entre mi sexo y mi identidad genérica que, justamente por coincidir, tuvieron que chocar con otras tendencias igualmente mías pero enmarcadas por nuestra cultura en el cuadro correspondiente al género masculino: el gusto de comprender con la mente y no sólo con el corazón, bajo riesgo de volverse una «femme savante»; el esfuerzo por alcanzar el estadio de la justicia y no detenerse en el infantilismo reactivo y acrítico de una envidia insuperable por no decir «indispensable». No interesa aquí que yo haya o no cumplido *de hecho* tales aspiraciones sino el enfrentamiento inexorable de las mismas con lo que *de derecho* (un derecho ancestral hasta hace poco fuera de discusión) se resistía *en mí* a legitimarlas como femeninas.

Con otras palabras y generalizando: el libro que comento nos ayuda a las mujeres a entendernos a nosotras mismas —con mayor autocritica y con mayor benevolencia, según el caso— porque nos ayuda a articular el doble discurso que incide en nuestra condición: el que responde a la formación del inconsciente individual y el que responde al inconsciente ideológico de las formaciones culturales que, en buena medida, dictamina a priori sobre el destino de los géneros y por ende de sus individuos. Así entendida, la cultura es aquella dimensión que pone en actividad los muchos supuestos que, sin ser conscientes, nos condicionan.

* EMILCE DIO BLEICHMAR: *El feminismo espontáneo de la histeria*. Adotraf Ed. Madrid, 1985. Premio «Clara Campoamor» 1984. Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura.